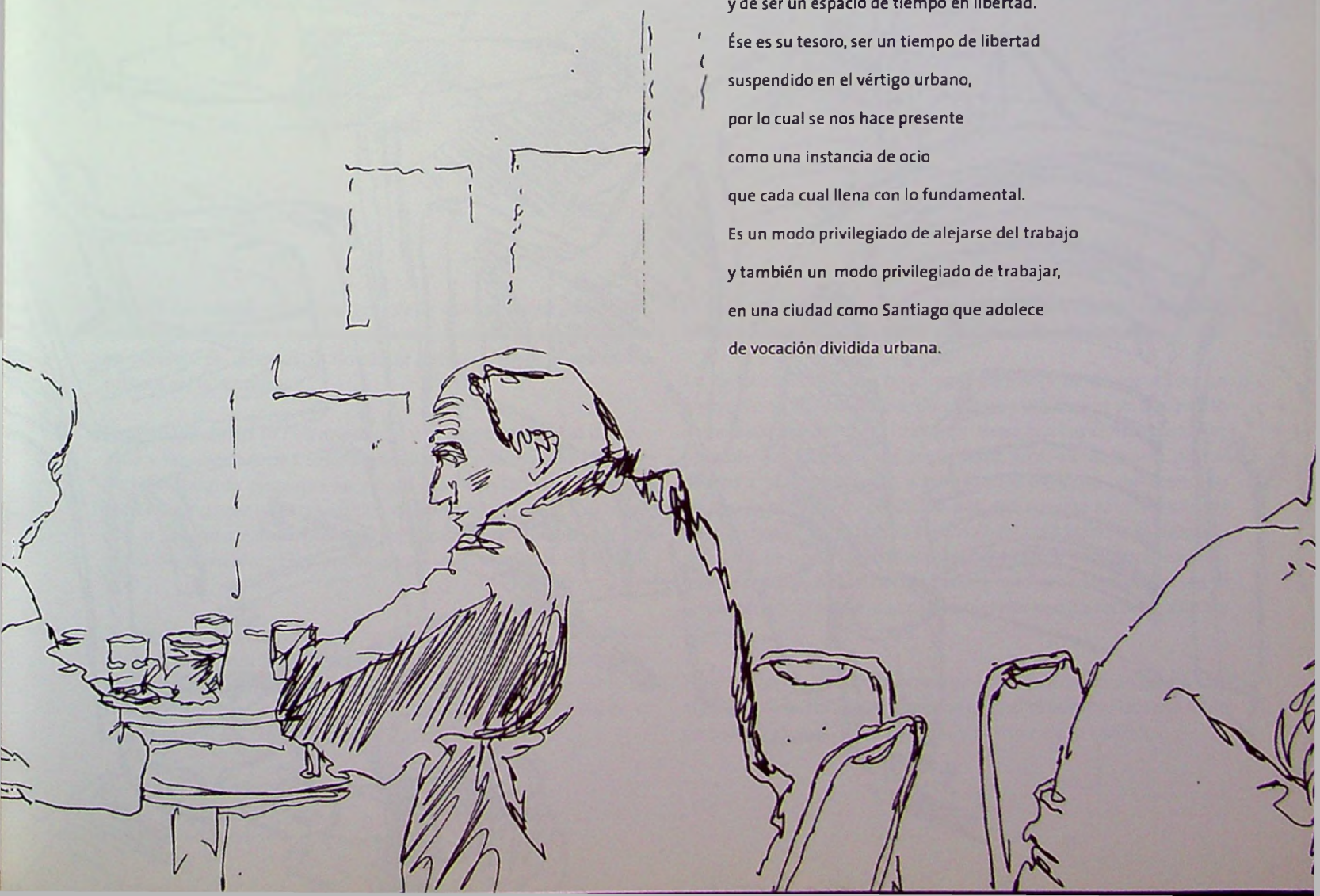
SANTIAGO, CUERPO Y ACTO URBANO

EL CAFÉ COMO UN MODO DE HABITAR LA CIUDAD

Alex Moreno Z.
Arquitecto

El dibujo, como registro de la hospitalidad urbana,
encuentra en el café un acto que convoca y reúne,
que tiene de algún modo
esa condición de ámbito en torno a la mesa
y de ser un espacio de tiempo en libertad.
Ése es su tesoro, ser un tiempo de libertad
suspendido en el vértigo urbano,
por lo cual se nos hace presente
como una instancia de ocio
que cada cual llena con lo fundamental.
Es un modo privilegiado de alejarse del trabajo
y también un modo privilegiado de trabajar,
en una ciudad como Santiago que adolece
de vocación dividida urbana.



El presente texto breve aborda el tema del dibujo como detención de los actos, en el espacio del papel, reteniendo su ser fundamental, el cual reside en la capacidad de dar forma a un modo de estar, en este caso – estar en la ciudad –, en la demora urbana.

El café como ámbito de registro es un tema que trata de lo cotidiano y lo rutinario (Humberto Giannini), del demorarse, del estar en la ciudad como en lo propio, en disputa entre lo importante y lo urgente, entre el detenerse y el mantenerse en constante movimiento. (El café como lugar de la demora, da morada, hace posible habitar en el espacio público).

La ciudad asemeja en su movimiento y estar, constantemente activa a un Argos (monstruo de cien ojos), que duerme sólo parcialmente. Mientras descansa con cincuenta ojos, los otros cincuenta velan. Este constante ir y venir encuentra un modo de resistencia en el café, como ámbito de estar en la cuidad de un modo presente a la vez que ausente de su prisa. Este estar presente en lo urbano se manifiesta en que se está en lo público, expuesto a lo público en cuanto a dejarse ver, ser visto y ver en una cierta disposición regulada al encuentro.

Esta disposición o posibilidad regulada se manifiesta en una serie de sutiles mecanismos que operan en cuanto a la visibilidad del estar y a lo abierto al encuentro. Es decir, café tiene lugares más o menos expuestos, más o menos al paso, a los cuales se recurre de acuerdo a las diversas situaciones del estar y del tiempo de estar.

Esos lugares a que se recurre, se va con periodicidad, llegan a ser un modo de apropiación de éstos, una manera de tener un dominio de un cierto ámbito de lo público para salir del anonimato y pasar a ser parroquiano, salir de lo extraordinario para entrar en lo recurrente del tiempo ordinario de la vida cotidiana. Ser parroquiano significa pertenecer a un lugar al cual se va con asiduidad y se comparte de algún modo su esencia y su existencia.

El café es, entonces, un espacio de la ciudad donde el hombre encuentra lugar para hacer un acto de comunión con los otros en lo público, en un espacio donde se hace visible la hospitalidad urbana en la demora.

Esta hospitalidad se construye con una cierta capacidad de acogida y de libertad: una sutil línea trazada en el espacio. Capacidad de acogida para que se sienta esa hospitalidad y libertad para poder gozar de la condición de huésped sin sentirse obligado: ni mucha atención obsequiosa ni exceso de libertad que parezca desatención. (Hay pocos lugares así, al menos en Santiago).

A propósito de la asiduidad y recurrencia a un lugar, cabe destacar la cita de Luis Buñuel acerca de su condición de parroquiano del bar del Hotel Waldorf Astoria en Nueva York: «si estoy en Nueva York, me encontrarán en el W. Astoria a las 12 horas; si no estoy ahí, no estoy en Nueva York».

El café es, al mismo tiempo, lugar de reunión y lugar de aislamiento. Esta condición doble es provocada por la mesa.

La mesa construye una horizontal para soporte de los actos, un horizonte en el cual concurren objetos y ademanes en un ámbito delimitado por cuerpos. El cuerpo tiene esa capacidad de hacer presente los opuestos, es decir, hace presente el frente de los rostros y la convergencia y también las espaldas casi como un no lugar, un lugar no conocido por uno aunque sí por los otros (uno no reconoce su propia espalda). En esto la mesa se parece a la fogata, un centro constituido por el fuego y unos cuerpos divididos (demediados diría Calvino) en un frente iluminado por el resplandor del fuego y una parte posterior oscura recortada como silueta.

Para que haya ese encuentro surge esta mesa como un campo, de algún modo sacralizado, en torno al cual el hombre urbano se da un tiempo de ocio en la reunión y el estar en lo público.

Este reunirse es en la algarabía o en el silencio. Hay mesas ruidosas y alegres; otras en las cuales se sostiene un equilibrio precario, otras en las cuales se provoca un encuentro necesario consigo mismo. Un modo particular de este encuentro consigo mismo es el escribir, otro es el dibujar. El café surge como un ámbito privilegiado para la exploración fisiognómica, en la cual el ejercicio de la observación encuentra un espacio rico en gestos y ademanes, porque en él se renueva cotidianamente la vida manifestada en el volver diariamente a dar pruebas de que se está vivo, en ese espacio de representación de la vida urbana. Cabe hacer notar en esta doble condición de sociabilidad que tiene el café la distinción que hace Luis Buñuel entre el café y el bar. En su libro "Mi último suspiro", dice: "El café es social, se puede compartir con otros; en cambio, el trago es solitario".

Esta cita, traída libremente pero con fidelidad, abre a los arquitectos y también a los poetas y escritores una tarea preciosa de dar forma a esos dos espacios tan diferenciados: el del coloquio y el del soliloquio.

La observación en el café, como ámbito propicio para el conocimiento del hombre, se manifiesta como una provocación al ojo y un llamado al dibujo para retener el despliegue del cuerpo y su gestualidad en una permanencia activa.

El croquis tiene la capacidad de retener en velocidad lo que se presenta como signo de registro. La observación como actitud y método de aproximación al mundo tiene la capacidad de permitir entrar en el secreto de las cosas que nos parecen admirables, dignas de admiración. El cuerpo humano es digno de admiración, por lo cual el llamado al dibujo es directo.

El dibujo tiene la capacidad de fijar la observación entrando en el secreto de las cosas, arrebatándoles su tesoro. Es una forma de rapto que tiene que ver con el hecho de que el dibujante detiene y fija al instante en los trazos sobre el papel. Este hecho supone un ejercicio de destreza, un modo de perseverar en el dibujo, que es un elemento fundamental en el oficio del arquitecto, pues contiene esa condición de modo de estudio táctil y gráfico muy co-

mún en las artes. Táctil, pues el dibujo es un estudio que supone una forma de tacto, pues al dibujar se pasa la mano y el ojo por las cosas del mundo (seguramente a esto se refería Klimt cuando decía que "todo dibujante es un voyeur"), y un mundo gráfico, pues los modos de registro tienen que ver con un sistema de códigos y claves que se traducen en trazos significativos para lograr retener ese tesoro de lo real.

La observación y su retención por medio del dibujo abren un campo de estudio en el cual la profundización y la reiteración es fundamental. Por eso, la insistencia obsesiva en el dibujo cotidiano, pues ésa es una forma de vigilia y custodia del oficio y un modo de mantener encendida la llama del asombro por medio del acto de dibujar.